

C | U | L

T | U | R

A

EL MUNDO
MARTES 27
DE SEPTIEMBRE
DE 2016



Virginia Woolf y Vita
Sackville-West. EL MUNDO

«AMO COMO MUJER Y TE AMO PORQUE ERES MUJER»

Virginia Woolf estaba 'felizmente' varada en un matrimonio sin sexo cuando Vita Sackville-West, aristócrata y escritora de éxito, la sedujo. Fue un amor escandaloso y Vita llegaría a ser la inspiración de 'Orlando'. Una novela de Pilar Bellver 'completa' el intercambio epistolar de las amantes. Por **P. UNAMUNO**

EXPOSICIÓN LA PEDRERA DE BARCELONA REIVINDICA LA ENERGÍA Y ESPIRITUALIDAD DE OTEIZA

Fue el cuñado de Virginia Woolf, Clive Bell, quien la avisó de que una aristócrata bien conocida en todo Londres por sus sonadas aventuras homosexuales, Vita Sackville-West –escritora también–, había puesto los ojos en ella y quería conocerla, para lo cual se organizó una cena de ringorrango. «Vita es una lesbiana declarada, ten cuidado», le dijo Clive, a lo que la mordaz Virginia repuso: «Pues con lo esnob que soy, no sabré resistirme».

Pese a los displicentes comentarios iniciales de la novelista, parece que el encuentro surtió el efecto deseado por Vita: despertar el interés, primero, y el deseo luego de la gran Virginia Woolf. En algún punto intermedio hizo acto de presencia además el amor, cuyo testimonio ha quedado por escrito a través de las muchas cartas que se cruzaron las dos protagonistas. A partir de ese intercambio epistolar, la periodista y escritora Pilar Bellver ha creado la novela de lo que *también* se pudieron haber dicho, *A Virginia le gustaba Vita*, publicada por la editorial Dos Bigotes.

Virginia Woolf no tenía problema alguno en plantearse una relación homosexual. Se había criado en un ambiente de absoluta libertad, a su alrededor eran comunes tanto los escarceos extramatrimoniales como las relaciones entre personas del mismo sexo –a pesar de la rígida moral victoriana que parecía imperar–, y el grupo de Bloomsbury en el que reinaban ella y su hermana Vanessa venía a ser una saturnal continua donde todos se acostaban con todos. Oficialmente, era una mujer frígida, incapaz de sentir deseo sexual por su marido, Leonard, con quien por lo demás formaba un matrimonio muy bien avenido.

En cuanto a Vita, su conducta en cuestión de amor rayaba en la promiscuidad, y estaba igualmente casada. Su esposo, Harold Nicolson, era abiertamente homosexual y aceptaba de buen grado las andanzas de ella por mucho escándalo que causaran. No todo el mundo era igual de tolerante. El marido de una de sus amantes, el poeta sudamericano Roy Campbell, persiguió a Vita por medio Londres con una pistola cuando se enteró de la infidelidad de que era víctima.

Como señala Pilar Bellver, había sintonía y complicidad no sólo en el seno de ambas parejas sino también entre los matrimonios mismos, que mantuvieron su amistad hasta el final. «No había celos entre los Woolf y los Nicolson, pues habían llegado, independientemente, a la misma definición de «confianza», escribe. Quizá Leonard fuera el menos contento con la situación, pero no por miedo a que Virginia se alejara de él sino a que las emociones en juego «pudieran volver a perturbarle la mente». La escritora padecía depresiones (trastorno bipolar según el diagnóstico de hoy) desde los 13 años, cuando murió su madre, y –como es sabido– acabaría suicidándose en el río Ouse.

Virginia Woolf (a la derecha) y Vita Sackville-West.

CENTRAL PRESS
/BRODERICK
HALDANE



De Virginia a Vita

«Me gusta su caminar
a grandes pasos
con sus largas piernas
que parecen hayas,
una Vita rutilante,
rosada abundosa
como un racimo,
con perlas
por todos lados»

«Tu abundante pecho:
sí, como un gran velero
con las velas
desplegadas, navegando»

«Te he echado de menos.
Te echo de menos.
Te echaré de menos»

Vita y ella, a pesar de estar separadas por 10 años, inician una relación de alta intensidad. Se acuestan por primera vez la noche del 17 al 18 de diciembre de 1925, según sabemos por una carta de Vita a su marido y por su diario. Virginia se recata un poco en el suyo, sabedora de que Leonard tiene la costumbre de leerlo, mientras que su libérrima amante ni se molesta en poner sordina a sus aventuras.

Muy pronto se convencerán las amantes de que lo ideal es continuar con su *statu quo* como hasta entonces. Nada de pensar en cambios de vida: «El amor nos basta para querernos, no necesitamos añadirle la rutina de una convivencia que bien podría ser desastrosa», imagina Bellver que dice Vita.

Si a la aristócrata y escritora –que por cierto goza de mucho mayor éxito en el momento que su amiga– le molesta algo de Virginia es que parece no entregarse por completo, como si su naturaleza de narradora le hiciera estar siempre, de algún modo, *tomando nota* de lo vivido, la autora de *Una habitación propia* no puede digerir bien los constantes *affaires* de su amante.

De camino a Teherán, donde su marido es encargado de negocios de la embajada inglesa, Vita siente tal deseo de estar con Virginia que fantasea con raptarla. «Ella no estaba acostumbrada a desear sin

conseguir», tuerca aquí Pilar Bellver. A su vuelta de Persia, afloran sin embargo los primeros indicios de alejamiento entre la pareja. Virginia Woolf anota en su diario: «Iba más descuidada [Vita], pues había venido directamente con su ropa de viaje; y no tan bella como otras veces (...). Así que las dos sufrimos cierta desilusión (...). Es muy posible que esto sea más duradero que la primera rapsodia».

A pesar de todo, las amantes se las arreglan para, pasado lo más bullente del amor, construir lo que Vita define como «una amistad respetable, cierta, durable, casta y tiibia». Algo menos intenso pero más duradero que aquellos primeros encuentros ardientes en la gran mansión de Vita, Knole, tan grande que nadie podía precisar cuántas habitaciones tenía.

La inmensa hacienda de los Sackville-West, que sigue siendo una de las cinco mayores de Inglaterra –más grande que Buckingham Palace, por ejemplo–, desempeña un papel importante en la presente historia. Después de haber escrito *La señora Dalloway* y *Al faro*, Virginia Woolf pide permiso a Vita, que se halla en plena vorágine de traiciones, para escribir sobre ella, y Vita acepta. El resultado es otra obra superlativa, *Orlando*, que trata sobre un personaje que vive cinco siglos, primero co-

De Vita a Virginia

«Es increíble lo esencial
que te has vuelto
para mí. Maldita seas,
criatura malcriada;
no conseguiré
que me ames más
entregándome
de esta manera»

«Has roto mis defensas.
Y realmente
no lo lamento»

«Mi amor por ti
es absolutamente
verdadero, vívido
e inalterable»

mo hombre y luego como mujer.

Orlando comienza con una famosa escena en la que el protagonista observa desde lo alto de una colina los movimientos de personas a las puertas y dentro de una casa gigantesca, como Knole, ante la llegada de la reina y de su cortejo. Tiene que bajar a la carrera al valle, vestirse de forma adecuada, recorrer incontables corredores y tomar varios atajos para llegar a tiempo de recibir al visitante.

Pilar Bellver sostiene que, más allá de las consecuencias emocionales, la relación tempestuosa de Virginia Woolf con Vita, «todo ese caldo de seducción primero y luego de amor, de deseo, de alegría y de frustración al mismo tiempo, dieron como resultado el entusiasmo y la intensidad con que Virginia escribió en esos años sus mejores novelas: *La señora Dalloway*, *Orlando* y *Las olas*. Las mejores con diferencia».

Irene Chiklar, en su biografía de la autora inglesa, sentenció algo que no deja lugar a dudas: «Si bien Virginia sentía que en un plano pasional o sexual no podía competir con esas otras mujeres que atraían a Vita, era evidente que ninguna de ellas podía escribir *Orlando*». No sabemos si ser consciente de esto habría servido de consuelo a Virginia Woolf.



Arriba: 'Desocupación de la esfera', 'Coreano' y 'Respiración espacial'; debajo, 'Mármol con dos espirales y luz'. FUNDACIÓN MUSEO JORGE OTEIZA

ARTE EXPOSICIÓN

OTEIZA, LA MAGIA DEL VACÍO

La Pedrera reivindica la energía y espiritualidad del escultor vasco en una exposición que reúne 130 piezas

LETICIA BLANCO BARCELONA

Hacia casi 30 años que Barcelona no acogía una exposición de Jorge Oteiza, la última fue la que en 1988 hubo en la Casa Macaya. Así que, tal y como recuerda la directora del área de Cultura de la Fundació Catalunya- La Pedrera, Marga Viza, hay varias generaciones de barceloneses (más o menos los que tienen de 50 para abajo) que nunca han podido disfrutar del escultor vasco en todo su esplendor. A esa asignatura pendiente viene a poner remedio Oteiza. La *desocupación del espacio*, que hasta el próximo 22 de enero reúne 130 piezas del artista en La Pedrera, la mayoría cedidas por la Fundación Museo Jorge Oteiza de Navarra.

Oteiza no fue un hombre fácil. De carácter contradictorio, profundamente espiritual, religioso, humanista, rebelde y antifranquista, creyó firmemente en el arte como una forma de construcción de «un nuevo hombre». El arte no era para él un fin, sino una «herramienta» necesaria para el desarrollo de una nueva sensibilidad existencial. Un discurso que llevó hasta las últimas consecuencias: en el punto más álgido de su carrera, cuando las ofertas del circuito artístico internacional empezaban a llegar, decidió abandonar la escultura porque llegó a la

conclusión de que había culminado su experimentación artística y se retiró al pueblo navarro de Alzuza a escribir ensayo y poesía. Una gesto que tiene algo de autoboicot y que explica, quizá, por qué la última exposición importante dedicada al vasco es la que en 2005 acogió el Museo Reina Sofía, hace más de una década. La muestra de Barcelona aspira, pues, a poner a Oteiza «en su lugar» dentro de la escultura de la segunda mitad del siglo XX y lo hace de forma cronológica, siguiendo su evolución hacia el espacio y la nada.

El primer Oteiza era primitivista y estaba influido por el cubismo. Le llamaba la atención el arte precolombino y se fue a conocerlo a América Latina. El viaje,

en 1935, iba a ser para estudiar a los muralistas mexicanos, pero acabó quedándose 13 años en Argentina, Chile y Colombia. A la vuelta empezó a trabajar en la polémica basílica de Arantzazu. En 1950 Francisco Javier Sáenz de Oiza, amigo de Oteiza, recibió el encargo junto al arquitecto Luis Laorga de reconstruir la basílica de la patrona de Guipúzcoa. Oiza le encomendó a Oteiza una virgen y un friso con los apóstoles, pero en 1955 la Pontificia Comisión Central para el Arte Sacro del Vaticano consideró las obras no adecuadas, demasiado «brutalistas», ¿quién iba a rezar a unos apóstoles a los que parecían haberles arrancado las entrañas? Oteiza los esculpió con barbilla pronunciada y nariz aguilena, como si fueran

vascos. Más tarde escribió una carta de protesta que puede leerse en la exposición, criticando la «ineptitud» y los favoritismos de la Iglesia Católica. Los apóstoles, que además eran 14 (como los 13 remeros y el patrón de una trainera) estuvieron abandonados en una cuneta durante 15 años hasta que en 1969 se finalizó el proyecto. Al final, en vez de una virgen Oteiza optó por una piedad, con su hijo muerto en los brazos.

Antes, el escultor vasco ya había empezado su camino hacia la desocupación del espacio. «Siempre pasa algo, en la obra de arte. Yo no quiero que pase nada», solía decir. En los 50 empezó a reducir la materia para concentrarse en los vacíos, a los que llamaba «activos», como si estuvieran cargados de energía y las esculturas fueron un concentrado de polos positivos y negativos. De esa época son algunas de sus obras más singulares: las cajas semicerradas (una imagen de lo que cuesta llegar a nuestro interior), las composiciones de esferas que parecen fases lunares, los bloques de mármol y alabastro recortados en insospechadas formas trapezoidales, con huecos y recovecos aquí y allá. La depuración siguió: en la época del «laboratorio experimental» las esculturas se hacen tan pequeñas que caben en la mano y Oteiza experimenta con materiales que le permiten trabajar más rápido como la tiza, el yeso o las latas de atún. Y así llegamos hasta el silencio total de las últimas obras, el debilitamiento de la forma total. Como un triédrico que hay al final de la exposición que parece un frontón vasco de juguete y que Oteiza definió como un homenaje a Velázquez.

